

PARA AYUDAR a los estudiantes extranjeros, se inician en la Universidad de Yale, clases de inglés. Asisto a la primera de ellas con cierta curiosidad. Temo que el inglés que se nos enseñe sea el mismo que traíamos de Chile y que tan diferentemente es a este idioma que se habla en los "drugstore", en las calles y en la propia Universidad.

Llego a la sala y un ambiente totalmente diferente al que hasta ahora había encontrado en Yale es lo que primero me impresiona. Son otros rostros, es otra ropa la que usan y es otra la expresión de sus gestos. ¿Cuántos de ellos volverán con las manos llenas y cuántos con las manos vacías a sus respectivos países?

Nos miramos con interés y simpatía. Cada uno quiere descubrir en el otro a un connacional o, al menos, quien hable en el propio idioma. Todos debemos tener el mismo aspecto de naufragos en esta inmensa marea de términos desconocidos, de dialecto insospechado, de palabras que parecen emitirse más por la nariz que por la boca. Al menos, todos tenemos algo en común: somos extranjeros.

Por un instinto primario, los latinos, sin proponérselo hemos quedado juntos. A nuestro lado, los franceses y, cerca, un italiano. Es un grupo dicharachero y alegre, que hace chistes y comprende antes que los otros las explicaciones del profesor. Más allá están los estudiantes de habla alemana: alemanes y suizos especialmente, que todo lo preguntan y siguen las explicaciones con concentrada atención.

En los comienzos de la mesa está la numerosa representación asiática. Deben ser japoneses, chinos o qué sé yo, pero todos parecen iguales, no sólo en el color de su piel ni en la oblicuidad de sus ojos, sino por una sonrisa estática que aflora a sus labios escuchando con respetuosa atención, sin interrumpir ni hacer comentarios.

En medio de estas islas raciales, hay uno que otro que ha perdido su ubicación y que, pronto, a través de la mesa, identifica a los suyos. Allá, un mexicano, muy bien acompa-

ñado por una sueca, mira, sin embargo, desesperadamente, donde los latinos dicen chistes e interrumpen la clase a cada momento, mientras que el danés, que ha quedado en el extremo de la mesa, es un rubio islote en medio de los asiáticos. Entre los franceses, hay una niña que, si bien habla

francés, no participa de la algarabía latina. Su rostro tiene facciones que me son familiares. Pregunto por ella y me responden que es una yugoslava.

Se llama Mira Paulovic y estudia zoología.

El profesor, ha dado una pequeña tarea, el que relatemos por escrito un chiste que previamente ha leído de una revista y, de pronto, completamente de improviso, me encuentro con esa vieja institución latina, completamente desconocida en los Estados Unidos, que es "el carril". Se carrilean los franceses, se carrilea el italiano y, por cierto, me carrileo yo.

Cuando la clase termina, todos los estudiantes acuden a un rincón de la sala. Me acerco y veo un pequeño mapa mundi cuya presencia no había advertido. Todos extienden sus lápices para indicar la ciudad de donde provienen y, allí, en el mapa se forma una confusión de lápices que abarca todo el mundo. Trato de apuntar a Santiago, pero el lápiz se me corre a Bolivia, Perú o Argentina. Nunca como entonces tuve conciencia de la veracidad de la vieja lección en preparatorias: "Chile es una larga y angosta faja de terreno..."

Ya de vuelta, entro a un "drugstore" y al hacer mi pedido trato de poner la lengua en la forma que el profesor explicó para pronunciar la "t" y recordar cuál es el sonido exacto de la letra "a" en la palabra que quiero emplear. Sonríe triunfal cuando veo que el mozo no me hace repetir y se va a buscar lo pedido, pedido cuando vuelve me trae un extraño plato que nada tiene que ver con el sandwich que pedí. Es la primera vez que me pasa: ¡Resultado de la clase de inglés.

SERGIO VODANOVIC

"El Debate"